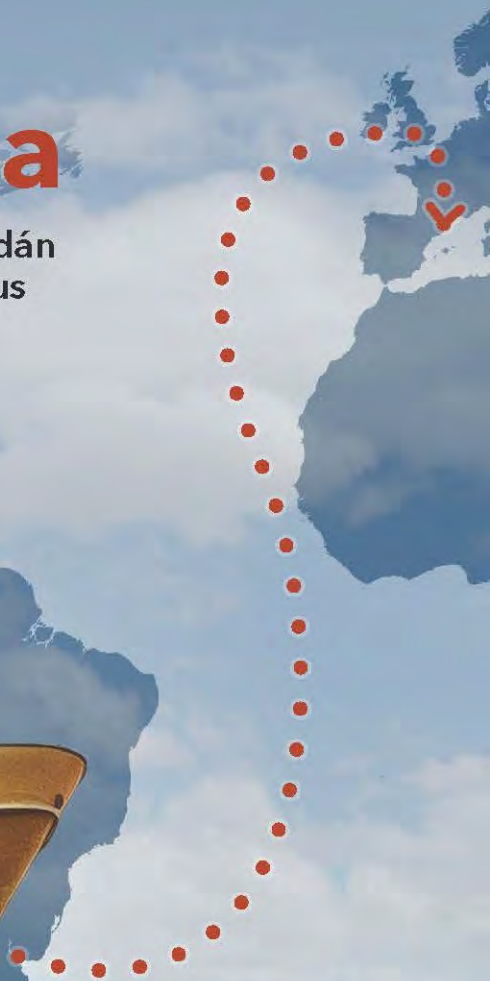


Jordi Sugranyes

Garnacha

De Buenos Aires al Ampurdán
pasando por Picadilly Circus



Jordi Sugranyes

Garnacha

**De Buenos Aires al Ampurdán
pasando por Picadilly Circus**

Tushita  edicions

Garnacha

Jordi Sugranyes

Primera edición: diciembre de 2024

© del texto: Jordi Sugranyes.

© de la revisión y corrección ortográfica: Núria Solano.

© de la ilustración de la portada: Marc Ancochea, sobre una idea del autor.

© 2024 Tushita edicions
www.tushitaedicions.com
info@tushitaedicions.com

Diseño de la portada: Marc Ancochea

Maquetación: Sir Gawain & Co.

Impreso en: Romanyà Valls

ISBN-13: 978-84-129448-2-2

Dipòsit legal: B 23210-2024

Thema: FC, WTL, 1KLSA, 1DDU-GB-ESL, 1DSE-ES-J, 2ADS, 3MPQ

IBIC: FA, WTL, 1KLSA, 1DBKESL, 1DSEJ, 3JJP,

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la su transmisión a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, a través de fotocopia, mediante grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

— *U*nos treinta.

—¿Alto? *En las del oeste, el bueno suele medir seis pies.*

—*Pues eso, 1'80, delgado pero musculoso, moreno, ojos castaños.*

—¿Caucásico?

—*No sé qué quieres decir con eso de "caucásico". Un mediterráneo salido de talla. Dejémoslo así. Tipo Vittorio Gassman.*

¿Sabes de quién hablo?

—*De la prehistoria. Años que cría malvas.*

—*No tan histriónico: retraído.*

—¿De perfil romano? ¿Como el del César en un denario?

—*Una cara más vulgar, sin la nariz tan pronunciada y la barbilla cuadrada.*

—¿Y por qué argentino?

—¿Por qué no?

PRIMERA PARTE

I

Utilizaba un paño aterciopelado extendido sobre una mesita plegable para exponer el muestrario. Mi puesto favorito estaba a pocos metros del quiosco, en la esquina de Zuviria con la plaza, a resguardo de las arcadas, sin duda el lugar más concurrido y transitado de Salta, por lo menos por turistas procedentes de Buenos Aires, quienes normalmente aprovechan las vacaciones de febrero para huir de la capital buscando..., quién sabe qué, ¿el sabor andino, quizás...? E invaden nuestras tierras con la petulancia de quien visita a sus parientes pobres. Se dejaba ver alguna que otra pareja ricachona de brasileños y unos cuantos mochileros: yanquis, canadienses, europeos, pero esos últimos solo querían darte palique, mucho preguntar, que si es plata, si se ensucia, ¿cómo me queda este collar?, ¿no tendrás un espejo? Poco podías confiar en ellos, o más bien ellas, de que te comprasen algo, pues preferían gastar sus pesos en cerveza. La mayoría estaban de paso en Tilcara. Tilcara, a unos 200 kilómetros de Salta, al norte de la provincia: sin duda el pueblo —pues no deja de ser un villorrio— tiene su encanto, y ya desde tiempo atrás es un punto de atracción y encuentro para cierto tipo de juventud que trota por Latinoamérica. Allí pasé una larga temporada pisando sus polvorientas calles intentando vender alguno de mis trabajos. Me hacía lo justo para malvivir. Bueno, más o menos como en Salta, aunque ahí trabajaba a jornada completa en el taller de Ignacio y lo que me sacaba por las noches y los fines de semana en la plaza era un extra. Todo lo poco que sabía de joyería lo había aprendido de Ignacio. Era muy buena persona y un excelente orfebre, o eso creía yo antes de conocer a otros profesionales. Había sido jesuita, un jesuita que se enamoró de una feligresa: Adelina. Los de más arriba le obligaron, por sus devaneos, a colgar la sotana, los hábitos o lo que lleven puesto esa clase de frailes. Él la hacía muy feliz —compensaba la poca práctica con los

muchos años de abstinencia— y aunque ella no pudo colgar nada, no creo que volviese nunca más a pisar una iglesia, pues la lujuria que se desató entre la pareja sobrepasaba con creces los límites de una confesión.

El día a día en Tilcara era distinto. No recuerdo ni una sola vez levantarme antes del mediodía. Bueno sí, el día que fuimos a Salinas Grandes. Me desemperezaba entre las sábanas hasta bien entrada la mañana con el fin de mitigar los excesos nocturnos. Al caer la tarde desplegaba la mesa en algún rincón libre de la plaza del mercado. La competencia entre los feriantes era mucha para atraer a los turistas, pero, y no me preguntes por qué, pibas que casi no hablaban español se acercaban particularmente a mi puesto, y yo, con ganas de vender, darle brillo a mi enmohecido inglés y hambriento de compañía femenina, les ofrecía lo mejor de mi mercancía. Era un continuo no parar de mantener relaciones con mujeres de otros países mucho más desinhibidas que las pibas argentinas conocidas por mí hasta entonces. Las noches se alargaban diluyéndose en el amanecer, resecaando las bocas de besos y alcohol. Periódicamente me afloraba el resquemor del ir viviendo sin sentido, cuando, otro encuentro, otra sonrisa, unos ojos azules que te decían más allá de ¿me puedo probar esos pendientes? solapaban, por un día, una semana, la incertidumbre del mañana. Soy un pertinaz soñador y creo en el amor, pero a la vez, estoy lleno de contradicciones, pues, este sentimiento me da miedo, y cuando ha habido un conato de idilio un poco serio, se ha manifestado en mí ese lado cobarde de no querer comprometerme en ese juego de dar y tomar y he salido de él huyendo por piernas.

Era la mucha o la poca afluencia de posibles compradores curioseando por la plaza al caer la noche lo que marcaba el *tempo* de retirada. Antes de alejarme del centro pasaba por delante del taller-tienda de Julio, y si la puerta estaba entornada y la luz encendida significaba que él todavía estaría retocando alguna pieza, haciendo balance de la caja o, simplemente, aguardando mi más que probable visita vespertina para tomar nos una última o penúltima cerveza, y como colegas de oficio, hacer un repaso de lo bueno y malo que nos había deparado la jornada. Era un buen tipo. Manejaba una destartada Ford

Pick-up con el motor apañado. Un vehículo idóneo para acometer sin dificultad la conducción por los angostos y pedregosos caminos abundantes en los alrededores de Tilcara. Un día, a bordo de la pick-up, nos aventuramos a ir a las Salinas y comprobé que la empinada y tortuosa carretera que le lleva a uno hasta allí no era ningún obstáculo para ella. Excepcionalmente, aquella mañana nos habíamos levantado temprano al amanecer, justo cuando los primeros rayos del sol golpeaban las cumbres de los altos cerros colindantes haciéndolos ruborizar con una amplia gama de tonalidades, pasando del rojo al azul y este al verde, al amarillo y viceversa, según la inclinación del astro rey. Un regalo visual de una belleza apabullante, reservada solo para los madrugadores e incluso para mis legañosos ojos a esa primera hora de la mañana. La carretera subía serpenteando en un terreno agreste sin apenas vegetación. A uno y otro lado, custodiando a los pesados camiones que, ranqueando por la ruta 52, se dirigían a la frontera con Chile, se erguían majestuosos y solitarios saguaros parientes de los cardones, característicos del país. A una altura de más o menos 3.500 metros se halla esta vasta salina de unos 200 kilómetros cuadrados, extensa hasta donde te alarga la vista en el horizonte. Eso si puedes mirar, pues la reverberación del sol con la sal te ciega los ojos. La carretera cruza un reducido núcleo urbano constituido por humildes construcciones. Sus moradores, descendientes directos de las tribus incas, colonizadores de esa región mucho antes de que lo hicieran los europeos y de siempre menospreciados por los organismos oficiales del país, se ganaban la vida haciendo de guías, vendiendo chucherías y souvenirs a los visitantes, pues el paraje es tan insólito y espectacular que, ¿cómo no?, se cristalizó en un polo de atracción turística. Aquel día no me hubiese importado seguir carretera adelante, cruzar los Andes y adentrarme en Chile. Después de tomarnos unas cervezas en una barra improvisada hecha con un tablón sobre unas rocas de sal en las Salinas y de vuelta a Tilcara, me daba que pensar, ¿qué coño se les había perdido a los incas y a los españoles en aquellos parajes tan sumamente inhóspitos? Fue una jornada memorable.

Del taller de Julio al camping, quizá el lugar más internacional de toda Argentina, donde por pocos pesos tenías un espacio

donde echarte a dormir, guardar tus cosas, y mantener un mínimo de higiene personal bajo una ducha de agua fría.

Subiendo la empinada cuesta, sorteando los guijarros que habían arrastrado las últimas lluvias, me preguntaba quién habría llegado de nuevo, y sin tan siquiera cruzar el umbral, oía el barullo de voces de quienes querían compartir las peripecias de su viaje. Caían casi siempre en los mismos tópicos del extranjero que pisa por primera vez Argentina; aun así, hablar con ellos era como abrir los portones de mi mente a unos mundos de por sí bien conocidos por el cine o la televisión, pero en aquella situación, se transformaban en una realidad tangible, una bocanada de aire fresco. Envidiaba a esa gente que tenía la osadía de liarse la manta a la cabeza y se dejaban llevar por países desconocidos.

Como cada año y con la llegada del otoño anunciando el larguísimo invierno, me contagiaba de una profunda pesadumbre y deseaba solamente enterrarme en una madriguera como dicen que hace el oso polar a la espera de la primavera.

Aquel final de verano, sin embargo, me sobrepuse y decidí mover el culo, aunque primero haría una visita a los viejos. Coincidió con la época de la vendimia, los días cruciales del año en la hacienda, y la familia estaría al completo, aunque sabía lo que me esperaba: la consabida bronca de papá; ¿qué piensas hacer con tu vida?, toma ejemplo de tus hermanas, etcétera.

Poco más de dos horas tardó el colectivo en dejarme en Cafayate. Por pura casualidad, al salir de un café me topé de frente con Norberto, un vecino que justo después de hacer un par de recados, dijo, no tenía inconveniente en acercarme a la hacienda, «Coño, Jorge, que me viene de paso».

Solo cruzar la cancela me sentí sumergido en el familiar trasiego de la vendimia. Aquí y allá, danzaban cual marionetas entre las vides hombres y mujeres cubiertos con chambergos, recolectando las uvas maduras. Y la figura sentada en el tractor arrastrando el remolque no podía ser otra que papá. Sus palabras de bienvenida después de casi un año sin vernos fueron: «Llegas justo a tiempo».

Me limité a cerrar los puños y a morderme la lengua, intentando ponerme en su lugar cuando aquel hombre, de sopetón,

se encuentra delante al tarambana de su hijo concretamente, en los momentos claves de la vendimia, cuando en el transcurso de pocos días se juega el esfuerzo de todo un año. Era raro verle conducir un tractor, pues era alguno de los capataces quien normalmente se encargaba de la tarea. Pero era tanta su ansiedad durante esa época, y preocupado de que todo el proceso quedase bajo su control, que suplantaba a cualquiera con el fin de no entorpecer el ritmo de la cosecha de las uvas primero, luego su estrujado, el prensado, y más tarde el periodo de controlar continuamente la fermentación del mosto. La hacienda era su vida, el vino su pasión. Sé lo que me digo, pues mis primeros pasos fueron sobre los ásperos terrones de tierra entre las vides y el enlosado de la bodega. Antes de usar el pesamos-tos para analizar el grado de azúcar en la uva y cuando yo ni tan siquiera andaba, aupándome en sus brazos, me utilizaba a mi como catador, pues al darme a probar un grano de uva, si yo no lo escupía significaba que la uva había desarrollado su máximo dulzor. Las cicatrices en mis dedos son testimonio de los desafortunados cortes de tijeras al cortar los miles de racimos que cada final de verano, antes de ir a la escuela o al salir, en el instituto, o en la época universitaria, me tocaba vendimiar. Gracias al esfuerzo de toda la familia, la hacienda se consolidó como una de las empresas punteras en la elaboración de vino en la comarca de Cafayate. Y si para papá el vino era su gran pasión, yo era su gran decepción.

Sabía que en el fondo se alegraba de verme de vuelta a casa con el rabo entre las piernas, y a regañadientes se disponía a perdonarme otra —según él— de mis travesuras. Por enésima vez, se equivocaría.

Y juro que hubo un tiempo en que intenté estar bien con él.

En la escuela iba más bien regular, sin destacar ni por arriba ni por abajo, y aunque las hormonas siempre me han jugado una mala pasada, conseguí —eso sí, por los pelos— entrar en la universidad. Dos cursos de empresariales. Bueno, el segundo lo dejé a la mitad. Los números no han sido nunca mi fuerte. De todas maneras, insistí y me matriculé en la carrera de Agrónomos, donde pretendía especializarme en Enología. Más de lo mismo. La práctica se me daba bien, pero las clases eran insoportablemente tediosas. Y sin saber de quién surgió

la idea, nos juntamos unos cuantos de clase y nos fuimos a pasar un largo fin de semana de verano a Tilcara. El ambiente que se respiraba entre la juventud de diversas nacionalidades que pululaban por el pueblo, el bullicio a toda hora de sus calles, la agresividad del paisaje, duro, sin contemplaciones, me cautivaron. Quería ser un actor más del elenco que participaba en aquel espectáculo. Demasiado apasionante para solo poderlo disfrutar unos pocos días al año. Ahí descubrí que, te pongas como te pongas, a mí lo que realmente me gustaba era ir «suelto». Me horrorizaba prever el futuro enrocado a un trabajo, una familia, unos horarios. Tenía una imperiosa necesidad de volar.

Papá se puso colérico cuando dejé la universidad y oyó mi decisión de lanzarme a ver mundo. Fue la primera vez y no la última que sacó a relucir que tomase ejemplo de mis hermanas. Elena, la mayor, hacía poco había terminado la carrera de medicina y Marta, la pequeña Marta, estaba completamente integrada en la administración de la hacienda, y justo entonces, en vísperas de casarse con Benito, hijo de un afamado bodeguero de la comarca. Mamá estuvo más comprensiva. Siempre he sido la niña de sus ojos. Me sabía mal por el abuelo Juan. Emigró de España en los cincuenta del pasado siglo y a base de mucho esfuerzo, primero en Buenos Aires, luego en Mendoza, se estableció finalmente en Cafayate y consiguió levantar una familia y convertir unos erales a más de 1.500 metros de altitud en un vergel de vides donde nadie lo creía posible. No sintonizábamos demasiado dado su carácter áspero como el de papá, mas eso no quitaba que me considerase, según sus criterios patriarcales, como su sucesor, y ahí no le podía fallar. De quien conseguí una cierta complicidad fue de tío Miguel. El eterno segundón, hermano de papá. Estuvo casado con tía Engracia, quien lo dejó por el cajero del Banco de Santa Cruz. Mi tío, en vez de encabronarse, se alegró de que por fin le hubiera dejado aquel pendón. Sin ser un hombre especialmente atractivo tiene un no sé qué cautivador que atrae a las mujeres como la miel a las moscas, y en su cama rara vez echa en falta la compañía femenina. Utilizaba su encanto para promocionar con éxito los vinos de la hacienda en las ferias vinícolas.

Y ahí estaba yo, de vuelta a un entorno tan familiar —¡Que no estoy flaco, mamá!—, congraciándome otra vez con Elena y Marta y nuestras consabidas bromas. Los cuchicheos de tío Miguel acerca de sus conquistas —¡Vaya hembra, Jorge!—, deleitándome con los sabrosos manjares de doña Amalia, la cocinera —¡Espérate a que esté en la mesa!—, todo tan normal. Papá y el abuelo, como de costumbre, estaban poco comunicativos, pero como se pronosticaba un año de una excelente cosecha solo tenían una idea en mente y a mí me dejaban de lado. Esa abundancia de uvas requería un sobreesfuerzo y yo estaba dispuesto a echar una mano. Nadie tenía que indicarme cual era mi cometido, pues había mamado la logística de los trepidantes días de la vendimia desde que nací. En un momento podía estar vaciando las cajas de uvas en el remolque o ayudar a descargarlas en el lagar para luego ser pesadas en la báscula, o estrujarlas y seguidamente prensarlas. Permanecí en la hacienda el tiempo necesario para ayudar a hacer el primer trasvase del vino después de que el mosto hubiese fermentado. Me consideraba pagado con el solo hecho de dejarme participar en la vendimia y no esperaba gratificación alguna. Casualmente, el día de mi marcha, papá se fue pronto por la mañana a Cafayate. Mamá me deslizó un billete de mil pesos en el bolsillo de la camisa y tío Miguel hizo otro tanto antes de subir al autobús que me llevaría a Buenos Aires. En el fuerte abrazo de despedida quería dejarle bien patente que mi ausencia no sería precisamente corta.

Sin tener el apoyo económico de la familia desde que dejé por mi cuenta la universidad, había vivido más mal que bien, como ya mencioné anteriormente, fabricando rudimentarias piezas de joyería con el fin de sacar unos pesos vendiéndolas en mercadillos. Si mi pretensión era viajar y ver mundo, la única manera de financiarme y sacar algo de plata era hacer de joyero. Me había dado cuenta de que cualquiera, con un poco de maña manipulando unos pequeños alicates, era capaz de retorcer un fino alambre y confeccionar unos pendientes en un santiamén. Otra cosa sería ser un buen artesano joyero, hasta ahí hay un trecho, y yo indudablemente necesitaba de un aprendizaje contundente del oficio. Ignacio me pasó la dirección de un viejo amigo suyo que tenía un reducido taller

de joyería convencional en Corrientes, en el mismo centro de Buenos Aires.

No le di más vueltas. Después de casi treinta horas sentado en el micro, llegué con los huesos molidos a la capital del país.

II

Amoldarse a una ciudad como Buenos Aires no sería nada fácil, y más todavía para alguien como yo acostumbrado a moverme en poblaciones pequeñas donde rara vez utilizaba el transporte público. La Avenida Rivadavia, por ejemplo, tiene 35 kilómetros de longitud. No me entraba en la cabeza cómo la gente podía vivir tan apiñada, habituándose sus oídos al constante ruido del tráfico y a los bruscos frenazos de los cientos de ómnibus que circulan por las calles y avenidas.

Una calle de 35 kilómetros... Increíble. Como mínimo tardarías todo un día en recorrerla a pie, de cabo a rabo.

Por suerte, una pareja, amigos de amigos, me alquilaron, a un precio razonable, una habitación en Recoleta, a una distancia de menos de media hora andando de donde estaba el taller. Y más suerte todavía de disponer del departamento para mí solo durante los fines de semana, pues a la pareja les apasionaba navegar e invariablemente cada viernes a media tarde se desplazaban a una casita que tenían a orillas del mar, en Punta Rasa, y no volvían hasta el domingo bien entrada la noche.

Víctor era un hombre de bien pasados los cincuenta, afable y bonachón.

—Siéntate y veremos cómo manejas las herramientas. Ignacio me dice que tienes maneras.

Cuatro operarios, Víctor y yo en un banco de seis. Tres y tres, frente a frente. En un rincón de la estancia y separada por un maltrecho biombo, Beatriz, la pulidora, dándole lustre a las piezas.

La primera semana que trabajé allí ni la cuento. Nada tenía que ver con lo que había aprendido hasta entonces en el taller de Ignacio. Ni mi manera de limar o de soldar se ajustaban a la maestría de aquellos expertos profesionales. Al cabo de un mes empecé a sentirme cómodo consiguiendo dominar las

herramientas con cierta precisión, y Víctor paulatinamente me iba pasando trabajos más laboriosos. La relación con los otros operarios, al principio, fue muy distante, no les gustaba que un inexperto pudiera pisar su terreno y no me lo pusieron nada fácil. Transcurridos unos días y al comprobar que yo no era un protegido del jefe, dieron su visto bueno y mi nexos con ellos se normalizó. Había días en los que no salíamos del taller hasta bien pasadas las ocho de la noche. Diez horas encerrados en aquel cuchitril con solo una pausa al mediodía para comer. No me importaba en absoluto trabajar como un esclavo, pues estaba dando pasos de gigante aprendiendo el oficio, y era completamente consciente de que era una decisión mía y solo mía, y en cualquier momento podía dejar la faena y no presentarme al día siguiente.

Algunas tardes, cuando Víctor daba por finalizada nuestra jornada laboral y cerraba el taller, y yo tenía suficientes ánimos, por el hecho de desentumecerme las piernas después de estar todo el santo día sentado me iba andando al Rincón. Era una suerte de centro cultural, donde por pocos pesos podías cenar, aprender a bailar tangos, tomar clases de teatro, pintura o diseño de ropa. Allí se concentraba la gente más variopinta de la Recoleta.

El baile y yo no estamos hechos el uno para el otro. Huelga decir que era impensable que yo, en mi vida, pudiese dar ni mucho menos unos pasos de tango, pero eso no quitaba que me quedase embobado contemplando una pareja de danzantes marcándose el Caminito, y más cuando la profesora que llevaba el ritmo se llamaba Andrea. Lucía un vestido ajustado de suave muselina de color granate, cortado por un lado hasta medio muslo, una cabellera de color negro azabache coronada por un moño, la cara angular sobrecargada de maquillaje donde destacaban unos carnosos labios pintados de violento carmín rojo y unos ojos profundos y oscuros, de bruja, que ni por un momento, por más que yo los buscase, se fijaban en mí, pero... Pero me dejé enamorar por ella.

Si eras asiduo del lugar era fácil intimar con cualquiera de los parroquianos, mas yo optaba por sentarme solo en una esquina y me entretenía durante aquellos plácidos atardeceres a garabatear en un bloc de dibujo esbozos de posibles joyas.

Buscaba la manera de distorsionar el estilo al que nos tenía acostumbrados la joyería convencional. Daba libertad al lápiz dibujando unos perfiles atrevidos, intentando salir de los formalismos tradicionales. No sabía exactamente por qué hacía aquellos bocetos y qué haría con ellos, pero sin duda me divertía hacerlos mientras dejaba vagar mis ojos lánguidamente por el espectáculo del baile y de la gente que frecuentaba el local. Entretanto cenaba un par de empanadas, o bien si Luis, cocinero y hombre para todo de la casa, aquel día estaba de buen talante, te podía sorprender con una de sus especialidades culinarias (tampoco sin exagerar: un plato de pasta o un estofado de res, a todo estirar).

Andrea y Rafael daban clases de tango tres veces por semana a grupos que en ocasiones podían llegar a veinte o más personas. Se apuntaban nacionales y extranjeros. Unos eran pertinaces en continuar las clases a pesar de ser patosos. Otros, ya desde un principio, pese a admirar la coreografía del baile y hacer el primer intento, daban por sentado, como yo, que si consideras que es difícil seguir el compás de cualquier ritmo, bailar tango supera con creces toda danza imaginable, y se desentendían después de la primera sesión.

Aquella tarde, recuerdo que era un viernes, seguía con atención los bruscos y sincopados movimientos de cuello, brazos y piernas de Andrea intentando, sin éxito, enseñar los primeros pasos del tango a un tambaleante y seboso yanqui que la agarraba férreamente con el fin de no tropezar con sus propios pies. La imaginaba sin afeites ni coloretos, ni tampoco con esa aura de dureza que caracteriza a los tanguistas cuando bailan. Cómo sería su cara por la mañana cuando se despertase en la cama junto a mí. Desde mi rincón le lanzaba furtivas pero evidentes miradas, que ella rehuía. No me hacía ni puto caso. Mas, como uno empezaba ya a ser un perro viejo acostumbrado al lenguaje del ni si, ni no, sino todo lo contrario, a mi entender, más habitual del sexo femenino que el masculino, continué con toda desfachatez el asedio visual.

Estaba al tanto de sus costumbres al terminar las clases. Casi nunca se entretenía en charlar con nadie. Iba directamente a la guardarrope, agarraba su chaquetón, la bolsa y salía del local, a veces sola, otras marchaban juntos con Rafael. Pero no aquella

noche. Rafael estaba de cháchara con unas turistas japonesas. Me adelanté a ella con disimulo y me hice el encontradizo en el exterior del local.

Llovía a cántaros, y yo tengo por costumbre desentenderme del paraguas.

—¿Te importaría que me resguardase debajo de tu paraguas hasta llegar al bar de la esquina?

La lluvia arreció con fuerza.

—¿Quieres tomar algo y esperar a que amaine?

Aceptó la oferta. Ahí la quería tener, al otro lado de la mesa. Por fin la veía sonreír.

—Siempre salgo con prisas porque voy a clases de inglés, pero hoy, con la tormenta que cae, seguro que el profesor también llegará tarde. Y no me mires con esos ojos de cordero degollado. Normalmente me da tiempo a desmaquillarme en el autobús. Pues sí, vivo aquí cerca, pero soy de Mendoza.

—¡No me digas! Conozco bien la ciudad. Estuve tres años estudiando en la universidad. Agrónomos, en la facultad de ingeniería.

—¿Y dejaste los estudios?

—Me aburría terriblemente —dije con tono sensiblero.

—Se me hace tarde. Gracias por el café.

Sin más. El lunes no apareció. Ni el miércoles. El viernes, sí. Yo a mis bocetos, como si no, aunque de reojo no la perdía de vista. Me gustaba esa mujer. La mujer debajo de la fachada tanguista. Y yo, como si no. En un momento que me acerqué a la barra para pedir una cerveza, ella hizo una pausa en el baile y se aproximó a mí.

—¿Qué tal, Jorge? El otro día, con la lluvia, agarré un resfriado que me ha tenido tres días en cama.

—¿Un café?

—¡Andrea!

—¡Voy! Ahora no puedo. Te veo luego.

¡Bien! eso significaba que no le era indiferente.

Quizá fueron solo imaginaciones mías y no quería hacerme ilusiones, pero cuando ella estaba con lo suyo en la pista, que si un paso a la derecha, ahora giro la cabeza y hacemos la media vuelta, me pareció entrever una tímida sonrisa de complicidad dirigida a mí.

Y yo, dale, como si no. A mis garabatos.

Al terminar la clase estuvo unos minutos hablando con Rafael y luego vino directamente donde yo estaba, y se sentó frente a mí.

—Ahora sí que te acepto un café rápido. ¿Qué son estos dibujos? Te veo siempre muy atareado.

Por tanto, se había fijado en mí. ¡Vamos bien, Jorge!

—Soy joyero —la primera vez que me atrevía a pronunciar-me como tal—, y dibujar es una manera de pasar el rato mientras observo como bailáis. Le doy vueltas a la cabeza recopilando ideas de posibles joyas que quizá un día pueda realizar. ¿Qué más podría hacer si no, en este lugar?

—Bailar, por ejemplo.

—Tú no me conoces. No sabes lo que dices. Durante un tiempo lo intenté practicando con mis hermanas. Al poco, las pobres desistieron. Soy un negado irrecuperable. No me gusta hacer el ridículo.

—Estás cargado de manías. Todo el mundo tiene la capacidad de bailar. Bueno, casi. Si quieres te enseñaré.

—¡Ni hablar! No insistas.

—¡Serás desagradecido! Bien, me tengo que ir. Ya sabes, las clases de inglés. Otra vez, gracias por el café. Te debo dos.

—¿Qué haces el fin de semana?

—El domingo vamos con Sandra, mi compañera de piso, a San Telmo. Estoy buscando novelas en inglés de segunda mano. ¿Te apuntas? Podríamos ir a comer a un restaurante indio que conozco.

Casi cuatro meses moviéndome por la ciudad y todavía no conocía el mercado dominguero por antonomasia más popular de Buenos Aires.

La mañana del domingo se desperezaba medio gris, pero de agradable frescor; te invitaba a caminar. Tenía tiempo suficiente para llegar a San Telmo, andando sin prisas. En Belgrano solo tuve que seguir como un cordero al gentío que indudablemente se dirigía al mercado. Habíamos quedado con encontrarnos en el bar Dorrego, en la esquina de Defensa con Humberto. Según Andrea, todo un clásico. Ni rastro de ella. Me acomodé en la barra y pedí una cerveza.

¡Joder de Andrea, cuánto tardaba!

En el fondo del bar había sentadas un par de pibas que la habían tomado conmigo. No paraban de mirarme, con sonrisitas, como mofándose de mí. Sabía de antemano que en general las porteñas eran muy echadas *palante*, pero no hasta ese punto. Era tal su descarado que no tuve más remedio que acercarme a ellas. La rubia me daba que la conocía; ¿vecina?, ¿del Rincón?, pero una hermosura así, sin duda, la recordaría. Justo al aproximarme me di cuenta del malentendido y de mi estupidez, aunque esa no la esperaba: una Andrea rubia irrecorable.

—¡Vaya guasa os lleváis a mi costa entre las dos!

—Venga, Jorge, no te enfades. No hay para tanto. No te lo tomes a mal, que hoy es fiesta y tan solo ha sido un jueguecito. Esta es mi amiga Sandra. ¿Quieres una cerveza?

No salía de mi asombro. Estaba alucinando con la belleza de aquella mujer y con el cambio de imagen que había sufrido. Precisamente el viernes terminé unos pendientes que llevaban engarzadas unas turmalinas de un translúcido color azul. Sus ojos eran del mismo color y su pelo... Su pelo era como..., seamos cursis, una guirnalda de oro. Una piba que desbordaba toda la belleza imaginable.

—Lo siento, Jorge. Tendría que haberte avisado. Me encanta bailar, pero ¿me ves a mí con esta pinta dando clases de tango? Tuve que recurrir a la peluca y a las lentes de contacto.

Yo todavía estaba en estado de *shock* y por suerte nadie me preguntó en aquel momento que, puestos a elegir, cuál de las dos Andreas escogería (si la rubia o la morena). Me hubiese puesto en un aprieto.

—Te dije que era de Mendoza, pero en verdad, nació en Dinamarca. Es una historia que la he contado mil veces. Mi papá trabajaba en una importante compañía danesa de fertilizantes. En el 95, la empresa le propuso abrir una delegación aquí, en Mendoza. Después de sopesarlo con toda la familia —yo solo tenía cuatro años—, aceptó. Él se desplazó primero, y a los dos meses venimos mamá, mi hermano y yo. Lo que en principio tenía que ser un cambio de país, de amigos, de escuela, pero por no más allá de dos años, se convirtió en una experiencia de casi toda una vida. Mi hermano y yo prácticamente nos hemos criado aquí. Luego él siguió los pasos de papá y se graduó

como ingeniero químico en Copenhague. Mamá trabajaba de enfermera y ahora hace justamente un año que se jubiló y regresaron con papá a Dinamarca. Viven en Aarhus, en Jutlandia. Han comprado una casita en España, en la Costa Brava, para garantizarse unos días de sol al año, a veces tan escaso en Dinamarca.

—¿Y tú te ganas la vida como profesora de baile?

—Aquí donde me ves soy cirujana cardiovascular. Sandra y yo trabajamos en el mismo hospital, el Cosme, en La Boca. Ella es médico anestesista. Y en cuanto a dar clases... Bueno, siempre me ha fascinado el tango y todo el entorno cultural que lleva consigo, y por qué no decirlo, a mí personalmente esas tardes en el Rincón me ayudan muchísimo a mitigar la extrema tensión que sufro cada día en la mesa del quirófano. Así de claro. Pero basta de hablar de cosas serias. Vámonos, que se nos hace tarde. Sandra, no te olvides la bolsa. Deja, pago yo.

De ser cierta toda la historia que contó Andrea, no había por más que sacarse el sombrero delante de aquella mujer. Fue tal la sorpresa que me quedé sin palabras, no salía de mi asombro, e hice lo único que podía hacer en aquel momento: dejarme arrastrar por el mercado por aquel par de enigmáticas mujeres.

Conocía de sobras los mercados de pulgas de Mendoza y cómo no, el de Salta, pero nada comparable con la versatilidad y riqueza de San Telmo. Era difícil abrirse paso entre los cientos de curiosos como nosotros, que figoneábamos entre los innumerables puestos a lo largo y ancho de estrechas calles.

Siempre me he sentido atraído por los muebles viejos, por las herramientas en desuso, las lámparas de latón... Por decirlo de alguna manera, por todo aquello que huelga a antigua, a rancio, a reliquias del pasado, donde todavía se percata la mano del artesano que las fabricó. Desgraciadamente, con los constantes apretujones, el ensordecedor bullicio de los feriantes y no feriantes y el estar al tanto de no perderlas de vista, se me hizo casi imposible entretenerme ni un segundo en poder apreciar y tocar con las manos cualquier objeto que me llamase la atención. Y allí había montones de chatarra donde

hurgar. Eso sería un placer que me lo reservaría para mí solo, el próximo domingo.

Ellas se habían detenido en un puesto de libros para examinar tomo por tomo. La mayoría de los volúmenes eran en inglés.

—¿A qué viene tanta hambre de literatura anglosajona?

—Bueno, ya sabes, si no practicas un idioma, lo pierdes. Me han ofrecido una vacante en el hospital Monte Sinaí de Nueva York. Es una oportunidad excelente. A principios de año me voy para allá. No tengo ningún problema con mi inglés a nivel científico. Lo gestiono muy bien. Me preocupa el lenguaje cotidiano, el de calle, y al no tener a nadie con quien practicar aquí, recorro a las clases, a leer novelas intrascendentes en inglés y a tragarme por televisión series yankis en versión original. Y así estamos. Oye, se nos está haciendo tarde. ¿Vamos a comer? Tengo hambre.

Nunca había puesto los pies en un restaurante hindú. Solo de traspasar el umbral del local quedé instantáneamente impregnado por el penetrante aroma de las especias. En un momento me sentí transportado al mundo de mis primeras lecturas: Salgari, más tarde Kipling, Conrad, Green... Autores que habían abierto mi imaginación a viajar por los enigmáticos países asiáticos.

De por sí, soy una persona de pocas palabras, aunque doy conversación cuando el momento lo exige. Sandra era una mujer menuda, morena sin engañar, de ojos vivaces que no dejaban nada por escudriñar y un pico apabullante que para sí quisieran los vendedores de electrodomésticos o muchos políticos. Andrea no se quedaba atrás, y yo, sentado entre las dos, abrumado de tanto parloteo sin atreverme a meter baza, decidí mantenerme al margen y dedicarme a paladear aquellos platos de sabores tan excitantes.

—Estás muy callado, Jorge.

—Disculpen, estoy disfrutando mucho con la comida ¡Simplemente deliciosa! ¡Gracias por traerme aquí! No sé... Veo que vais a vuestra bola y no quisiera entrometerme. ¿Manteneis este ritmo de plática en la sala de operaciones?

—¡Serás impertinente! Primero: Sandra y yo trabajamos en diferentes equipos y turnos, y segundo, cuéntale, Sandra...

Recién llegada de un viaje de vacaciones por Europa. tiene un montón de cosas por explicar, pero quizá sí, ahora no sea el momento oportuno. ¿Has encontrado algo interesante en el mercado?

—Un par de limas y unos alicates. Me servirán en el taller. ¿Y vosotras, además de libros?

—Una falda de los setenta y unos discos de vinilo. Soy una entusiasta de las viejas grabaciones de jazz. Pero bien, Jorge, hablemos de ti. Me dijiste que eras de Salta, entonces, ¿por qué has venido a Buenos Aires? ¿Es el trabajo él que te ha traído?

—Sí y no, o no del todo, ¿queréis que os cuente?

Un *chicken masala* rabiosamente picante, un vino blanco afrutado y un auditorio tan atrayente dispuesto a escuchar, sueltan la lengua a cualquiera.

—Simplemente, mi destino está escrito desde hace un par de generaciones sin que nadie me haya consultado. Seguramente un día u otro se cumplirá, pero permítaseme primero poner algo de mi parte. Ahora mismo tendría que estar en la hacienda de mi abuelo ayudando a gestionar los viñedos o participando en ferias promocionando nuestros vinos, mucho mejores que este, por cierto. Tampoco quisiera desmerecerlo. Queda perfecto con el curry, y con tan agradable compañía todavía sabe mejor. Por lo que ustedes cuentan, conocen mundo, han viajado. Yo no he salido nunca del país. Buenos Aires es para mí el comienzo de no sé exactamente qué. Ustedes tienen su vida, su profesión encarrilada. Yo no. Quiero viajar, conocer lugares donde haya gente que me lleve a comer a restaurantes tan interesantes como este, ver mundo como han hecho ustedes antes de enterrarme en Cafayate. Para esto necesito plata, y momentáneamente esta ciudad es el lugar adecuado para conseguirla. Además, estoy haciendo los trámites para obtener el pasaporte europeo. Siendo mi abuelo español no voy a tener ningún problema. Y ya está. Como un libro abierto: no soy nada rebuscado, transparente como el agua, limpio como una patena. Disculpen, me suena el móvil. Era Inés, una vecina. Habíamos quedado para ir al cine. Todavía tengo tiempo, ¿dónde estábamos?

—Nosotras también tenemos que marchar. Te invitamos. Ha sido una comida muy agradable.

—Andrea, antes de irte. ¿Esas clases donde vais son..., no sé cómo decirlo..., muy costosas?

—Lo hablamos mañana en el Rincón.

Aunque le delatara su nerviosismo fumando un cigarrillo tras otro, a Víctor se le veía contento. El teléfono del taller no cesaba de sonar. Clientes de toda la vida hacían nuevos encargos, ya que las Navidades estaban a la vuelta de la esquina. Eso significaba hacer horas extras, consecuentemente, un nada despreciable ingreso de pesos en mi cuenta corriente, pero por otra parte y a mi pesar, no pude ir al Rincón durante toda la semana, pues no hubo día que no saliésemos del taller antes de la nueve de la noche. Lo correcto hubiese sido telefonar a Andrea, pero debido a mi enfermizo despiste, se me pasó por alto pedirle su número. No había para menos: esa piba le quitaba a uno la capacidad de razonar. Intentaba no hacerme ilusiones, pues pensaba que una mujer de su talla profesional y de extraordinaria belleza debía de tener pretendientes a montones. ¿Y quién era yo? Un obrero de medio pelo sin nada que ofrecer.

Mientras mataba las horas en el nauseabundo taller batallando con los jodidos pedidos, me las tenía y deseaba para sacármela de la cabeza. Intuía que la deferencia que tuvo conmigo al invitarme a pasar el día con ellas en San Telmo se debió, simplemente a que ya desde el primer día que nos conocimos bajo la lluvia nos dimos cuenta de que compartíamos la misma pasión por la lectura... Y ya está.

Pronto por la mañana, el domingo volví a San Telmo más interesado en la posibilidad de encontrarme con ella que por chafardear en los puestos del mercado. Después de molerme los pies dando vueltas y más vueltas, no cayó esa breva. Como desquite, me fui a comer al restaurante indio un cordero *vin-dalú* extra picante.

El lunes por la tarde tuvimos en el taller un corte de suministro eléctrico que imposibilitaba continuar trabajando y Víctor nos envió a casa. Yo aproveché para llegarme al Rincón.

—Pensaba que se te había tragado la tierra.

Tuve que sobreponerme unos segundos: lunes, morena.

—¡No me hables! Estoy hasta la coronilla de estar trabajando todo el santo día. detenemos que esperar a que pasen

las fiestas para recuperar la normalidad. Por suerte esta tarde he podido librar. ¿Y tú?, ¿qué haces aquí?, ¿no vas a clases de inglés?

—El profesor se ha tomado unos días de vacaciones y no volverá hasta el miércoles.

—Yo no sé tú, pero a mí actualmente esta ciudad me está ahogando. Me gustaría pasar al menos un día en el campo. Dirás que no, que soy un primitivo por echar en falta el olor a heno, a estiércol, al humo de una fogata, a poder hundir los pies en la tierra. El problema es que si quisiera escapar de la ciudad no sabría a dónde ir desde aquí. No conozco en absoluto los alrededores de Buenos Aires.

—Hará un par de meses fuimos a pasar el día con un grupo de colegas del hospital a San Antonio de Areco. Un pueblo precioso, no muy lejos de aquí, en la misma provincia, a unos 100 kilómetros, y que creo reúne las condiciones que tú deseas. No te garantizo el olor a estiércol, pero sí extensas praderas donde perderse y excelentes restaurantes donde sirven sabrosísima comida gaucha. Este fue el detonante de aquel día, pues según como, nadie lo diría, los médicos, y quizá más los cirujanos, pueden ser unos comilones voraces y consumen carne cual caníbales. Se nos pasó la jornada delante de la mesa del restaurante sin darnos casi tiempo a pisar la hierba.

—¡Pinta pero que muy bien! Te propongo ir allí el próximo domingo ¿Qué te parece? ¿Cómo lo tienes?

—Debo consultar la agenda. En principio, bien. Me vendría de perlas respirar un poco de aire puro. Pásame tu móvil por si surge algún contratiempo.

No salía de mi asombro. Primero, por haberme atrevido a sugerirle una cita —pues era una cita en toda regla— y segundo, que ella hubiese aceptado sin más. Estuve toda la semana exultante y al tanto del móvil por si hubiese «algún contratiempo».

«Alcé un poco la voz y le pregunté:

–Disculpe, señor, estoy muy interesado en todo lo concerniente a la viña, ¿le importaría que me acercara a su mesa?Su respuesta fue un ligero movimiento de mano indicándome que tomase asiento frente a él. El cocinero nos sirvió las raciones de tortilla de patatas, unas rebanadas de pan con tomate y la botella de vino.

–Este vino está muy logrado, ¿qué variedad de uva es?

–Son las últimas botellas de la cosecha del pasado año. Es un vino monovarietal, como se dice ahora, garnacha blanca. No sé en otras latitudes, pero te digo, la garnacha es la uva que se da mejor en estas tierras. Barrica. Fermentar y directo a la botella sin filtrar.

–El único defecto que le encuentro es que es un poco alto de graduación por ser un blanco.

–Catorce grados. Hay años que sale a quince. Aquí estamos acostumbrados al vino fuerte.»

La garnacha es una variedad de uva que tiene la virtud de enraizarse en los terrenos más inhóspitos. Como Jorge, el protagonista de esta nueva novela de Jordi Sugranyes.

Jorge es un inquieto joven argentino plagado de incertidumbres. Con el fin de intentar dar respuesta y paliar esa constante desazón de no saber qué camino tomar, decidirá enrolarse en un carguero español que lo llevará a cruzar el Atlántico, recorrer medio mundo e inesperadamente dar con las raíces de sus orígenes familiares.

